

EDITORIALES

Libertad frente al terror

Occidente ha logrado reducir los riesgos del terrorismo diez años después del 11-S

Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos cambiaron el mundo, sustituyendo las certidumbres en las que vivían las sociedades informadas por una desconocida sensación de inseguridad. Las pavorosas imágenes de los dos aviones secuestrados estallando contra las Torres Gemelas forman parte de la memoria visual de la humanidad, y continúan evocando la volatilidad de las víctimas que el terror eligió al azar como atentado añadido contra la dignidad humana, que sus deudos tratan de restablecer. La brutal matanza reveló la verdadera naturaleza de una trama terrorista llamada Al-Qaida que, desde su retaguardia en el Afganistán talibán, pretendía expandir el integrismo islamista mediante una yihad global. Se trataba de una amenaza imprevisible e inquietante por la disposición de sus activistas a matar muriendo. Situaba al Estado de Derecho frente a sus propios límites y a los países democráticos ante el difícil equilibrio de preservar la libertad incrementando las medidas de seguridad. Estados Unidos y sus aliados se dispusieron a evitar que el peligro se extendiera, emprendiendo una intervención inacabada sobre suelo afgano, complicada más tarde con la invasión de Irak, que convertiría aquel país en terreno propicio para el ejercicio cotidiano de la barbarie violenta. Los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid situaron a los españoles y a los europeos ante la inmediatez del terror de raíz islamista. Diez años después Occidente ha logrado reducir los riesgos que pendían sobre ella a costa de que el terrorismo global se haya convertido en un mal endémico en aquellas regiones de las que partió la amenaza. La influencia del yihadismo se ha visto desbordada por la 'primavera árabe'. Pero la perpetuación de las tramas auspiciadas por Al-Qaida representa un peligro para la vida de millones de personas. El Islam continúa emplazado a depurar de su seno el integrismo extremista y la comprensión hacia la guerra contra los infieles. Las sociedades democráticas tienen, por su parte, el deber inexcusable de procurar que el binomio libertad-seguridad se incline siempre del lado de la primera como garantía última de que el fundamentalismo no acabe violentando los valores de la tolerancia y el progreso humano.

Infraestructura vital

La apertura al tráfico, ayer, de la Variante Metropolitana Sur debe traer consigo un importante alivio para el tráfico alrededor de Bilbao, para la conexión de la ciudad con el puerto y para los accesos a la propia capital. A ello han ido destinados 900 millones de euros y cuatro años de obras, cuyo fruto es la mayor obra de este tipo jamás acometida en Bizkaia. Para subvenir a su financiación y mantenimiento, la Diputación foral ha fijado unos peajes que suponen, para transitar por los 17,8 kilómetros que separan Larraskitu de Ugaldebieta, 1,08 euros para los turismos y 6,74 para los transportes pesados; un precio que podría considerarse algo descompensado en perjuicio de los camiones. La protesta de este sector parece, pues, comprensible en el contexto de una severísima crisis que le afecta de forma dramática. Ni la amenaza de los transportistas de utilizar vías alternativas –que resultarían inevitablemente colapsadas– ni la oferta de la Diputación de ofrecer gratuitamente el servicio en horarios de madrugada parecen salidas realistas para un desajuste que no debiera oscurecer la importancia que tiene la entrada en servicio de la Supersur, que venía siendo tan necesaria.

EL CORREO

DESDE 1910 EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO

Director Juan Carlos Martínez

Director adjunto

Francisco Beltrán

Subdirectores:

Pedro Ontoso, Alberto Ayala,

Manuel Arroyo

Adjuntos a la Dirección

César Coca, Óscar Villasante

(CULTURAS Y SOCIEDAD),

Pedro Briñigos (OPINIÓN)

elcorreo.com

Mikel Iturralde

(DIRECTOR DE INFORMACIÓN)

Jefes de Área

Javier Trigueros (CIUDADANOS),

Oscar Alonso (ACTUALIDAD)

José Vicente Merino (ECONOMÍA),

Ángel Pereda (DEPORTES),

Alberto Tellitu (VIVIR)

Secciones

Sergio García y José Luis

Ondovilla (CIUDADANOS),

Miguel Pérez (POLÍTICA), Javier

Reino (OPINIÓN), Encarni Bao

(MUNDO), Manu Álvarez

(CORRESPONSAL ECONÓMICO),

Iván Orio (DEPORTES), Pascual

Perea (CULTURAS Y SOCIEDAD),

Juan Ángel Marugán (CONTINUIDAD),

Lourdes Aedo (GPS)

Departamento de Arte

Diego Zúñiga (REDATOR JEFE DE ARTE)

Juan Ignacio Fernández

(REDATOR JEFE DE FOTOGRAFÍA),

María del Carmen Navarro

(JEFA DE DISEÑO)

Documentación

Mauricio

Martín y Jesús Oleaga

Diez años atrás

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO

PROF. DE ESTUDIOS ÁRABES E ISLÁMICOS DE LA UNIV. DE ALICANTE



El Pentágono considera hoy en día que Irak y Afganistán ya no son una amenaza para la seguridad nacional y que estos países han sido reemplazados por Pakistán

Sin los atentados del 11-S, la historia reciente de EE UU y de Oriente Medio habría sido completamente distinta. La política norteamericana fue revisada de la noche a la mañana, cuando ni siquiera habían dado comienzo las labores de desescombro de los restos de las Torres Gemelas. Tras los ataques, la guerra contra Al-Qaida y contra todos quienes fueran considerados como una potencial amenaza para la seguridad nacional se convirtió en una obsesión para la Administración de Bush. Los neoconservadores se hicieron con el control de la política exterior defendiendo un papel mucho más intervencionista de EE UU en la escena internacional no sólo para combatir el terrorismo, sino también con la clara intención de imponer su hegemonía política, militar y económica.

Aunque previamente EE UU había dado sobradas muestras de su desdén hacia los canales multilaterales al negarse a suscribir el Protocolo de Kioto o formar parte de la Corte Penal Internacional, lo cierto es que los ataques del 11-S acentuaron esta tendencia. Las guerras preventivas contra Afganistán e Irak fueron la carta de presentación de este nuevo orden internacional que recordaba al viejo 'ojito por ojo, diente por diente'. Pero donde más empeño se puso fue en descabezar a Al-Qaida y capturar a Osama Bin Laden 'vivo o muerto', como si nos hallásemos en el Viejo Oeste. Este comportamiento deterioró la imagen internacional del país y llevó a muchos a pensar que «EE UU era el mejor ejemplo de eso que la propia derecha norteamericana ha dado en llamar Estados canallas» (tal y como advirtiese el politólogo Samuel Huntington, el creador de la teoría del choque de civilizaciones).

El aventurismo militar de George W. Bush tuvo un elevadísimo precio en términos militares, políticos y económicos. Todavía está pendiente realizar un estudio sobre el coste definitivo de la guerra de Irak, pero el premio Nobel Joseph Stiglitz cifró un gasto de cerca de dos billones de euros en su primer lustro. A ello habría de sumarse la pérdida de centenares de miles de vidas, el desplazamiento forzoso de cinco millones de iraquíes y la fragmentación sectaria del país. En Afganistán, donde todavía existe una numerosa presencia militar estadounidense, la Administración de Obama ha llegado a la conclusión de que la pacificación del país será imposible sin un acuerdo previo con los talibanes, con lo cual el derramamiento de sangre de esta última década habrá sido en balde. Es más, el Pentágono considera, hoy en día, que Irak y Afganistán ya no son una amenaza para la seguridad nacional norteamericana y que estos países han sido reemplazados por Pakistán (donde el poder central corre el riesgo de desintegrarse) e Irán (que podría convertirse en potencia nuclear en poco tiempo).

Desde su llegada a la presidencia, Barack Obama ha hecho lo posible por distanciarse del legado

de su predecesor en el cargo, aunque no ha terminado de conseguirlo. En su esperanzador discurso de El Cairo anunció que EE UU promovería la democracia en Oriente Medio y respaldaría la creación de un Estado palestino. Las buenas intenciones no han sido acompañadas, desgraciadamente, por iniciativas políticas en la misma dirección. Desde el inicio de las revueltas populares, EE UU ha ido siempre a remolque de la calle árabe. Si bien es cierto que ha sabido subirse a la ola de la 'primavera árabe', también lo es que ha perdido a dos aliados centrales en la región (Ben Ali en Túnez y Mubarak en Egipto) y que está por ver si los gobiernos que salgan de las urnas en las próximas elecciones llegarán al grado de servilismo alcanzado por los anteriores gobernantes. Es bastante posible que los futuros ejecutivos tunecino y egipcio cuenten con una presencia relevante de islamistas, tradicionalmente poco proclives a aceptar los dictados norteamericanos y extremadamente críticos con su agencia regional.

En lo que respecta a la cuestión palestina, Obama ha evidenciado una absoluta incompetencia. Si bien es cierto que durante los primeros meses de su mandato presionó activamente a Israel para que frenase su actividad colonizadora, también lo es que Netanyahu le ganó el pulso. Desde el final de las negociaciones israelo-palestinas en 2000, la obsesión de los gobiernos derechistas israelíes ha sido torpedear cualquier intento de retomar el proceso de paz. De esta manera se gana tiempo y se sigue colonizando el territorio palestino. Con su disímil actitud, Obama ha dado carta libre a Israel para que construya decenas de miles de viviendas en Jerusalén Este y Cisjordania, lo que podría sepultar de manera definitiva la posibilidad de que surja un Estado palestino viable y con continuidad territorial. No sólo eso, sino que además ha amenazado con retirar las ayudas económicas a la Autoridad Palestina en el caso de que siga adelante en su proyecto de pedir la entrada del Estado de Palestina en las Naciones Unidas. No debe extrañarnos que EE UU cada vez esté más solo en su defensa crítica de Israel.

El principal logro de EE UU en estos últimos diez años ha sido, sin ningún género de dudas, su éxito en la lucha contra Al-Qaida. La organización ha sido combatida efectivamente y se han evitado numerosos intentos de atentar de nuevo contra el territorio norteamericano. En la actualidad su capacidad operativa está muy mermada. Los líderes de sus principales brazos en Irak, Arabia Saudí, Yemen, Afganistán y Pakistán han sido objeto de 'asesinatos selectivos' y, en la actualidad, el grupo terrorista tan sólo cuenta con unos pocos centenares de militantes pobemente armados en el África subsahariana y en el sur de la península arábiga, lugares donde el Estado es débil o apenas existe.